

## **La ‘soberanía alimentaria’ como restitución socio-metabólica: antagonismo en ciernes frente a la mega-minería de litio. El Bolsón de Fiambalá, territorio en disputa.**

**Por Leonardo Rossi**

### **Resumen**

Ante la larga de historia de erosión de las condiciones bio-físicas y políticas que han permitido el auto-abastecimiento alimentario de diversidad de comunidades en el mundo, intentamos recuperar la potencia de la soberanía alimentaria como respuesta al geo-metabolismo del capital expresado en proyectos extractivistas. El eje de atención de este trabajo serán las prácticas agroalimentarias de comunidades campesinas en Fiambalá (puna catamarqueña) como socio-metabolismo otro, alternativo de la mega-minería.

**Palabras clave: sociometabolismo - extractivismo - soberanía alimentaria - territorialidades**

*“‘Ética frente al despojo’, binomio contestatario y combate necesario (como entre maíz y gorgojo); pugna impostergable, arrojo al desnudo y sin blindaje, ethos, pasión que desgaje, humano, amoroso beso, y hasta el tuétano del hueso ¡Decisión frente al ultraje! (...)”*

**Juglar de fiesta y quebranto- G. Velázquez B**

### **Marx para la emancipación del extractivismo, una propuesta**

Es nuestro interés en estas páginas detectar y caracterizar prácticas y discursos que dan sentido a la ‘soberanía alimentaria’ como horizonte emancipatorio en territorios rurales atravesados por la mega-minería. Esa práctica predatoria no es otra cosa que expresión actual de la fractura socio-metabólica (Marx, 2014; Schmidt, 2014; Bellamy Foster, 2004) que una y otra vez se reedita al correrse la ‘frontera mercantil’ (Moore, 2003) capitalista a gran escala de los bienes comunes y la reproducción de los flujos globales del capital y sus rizomas regionales bajo diversas

modalidades. En este sentido, Fernando Coronil (2011) nos recuerda que “la ‘acumulación primitiva’ colonial, lejos de ser una precondition para el desarrollo capitalista, ha sido un elemento indispensable de su dinámica interna” (111) a lo largo de los últimos siglos. Es decir, el extractivismo no es sólo un método de apropiación de la naturaleza sino que es un eje estructurante de la dinámica capitalista desde sus orígenes hasta el presente. Como explica Machado Aráoz (2017), el extractivismo no es una mera actividad económica de países colonizados, sino que es “el conjunto de arreglos institucionales y geográficos que configuran las condiciones estructurales de posibilidad de la acumulación capitalista a escala mundial (205). Es decir, implica “la estructura geométrica del capital” (Ibíd.). Desde esta mirada, entendemos que *la disputa territorial al anclaje del extractivismo implica confrontar el corazón que bombea desde hace siglos la sangre de la tierra a la máquina capitalista.*

Ante este escenario, intentamos comprender determinados procesos de subjetivación política desde una perspectiva que latinoamericana. Como punto de partida, compartimos con Mezzadra (2014) la idea de que las ‘figuras de la subjetividad’ “emergen en el punto de intersección entre los dispositivos de sujeción y las prácticas de subjetivación” (p.27). Es decir, que el eje clave de nuestro enfoque estará situado en “la tensión entre estos dos polos, sus recíprocas implicancias en mutables constelaciones históricas, políticas, sociales y culturales” (Mezzadra, 2014, p.27, 28). Al considerar este marco nos alejamos de cualquier determinismo, y por ende enfatizamos que el sujeto siempre se desplaza entre la externalidad de las circunstancias, dadas históricamente, pero a su vez se torna productor de su propia realidad. Es así que “sabiéndolas construidas, el sujeto puede transformarlas o destruirlas” (Mezzadra, 2014, p.50). A ese planteo, añadimos y brindamos énfasis al rol que desempeña el escenario ecológico en esas tensiones, del que el hombre nunca deja de ser parte y al que asimismo modifica de forma permanente, alterando su propia subjetividad. Schmidt (2014), en su pionero libro *El concepto de naturaleza en Marx*, nos señala que “todas las relaciones sociales están mediadas por cosas naturales, y viceversa. Son siempre relaciones de los hombres ‘entre sí’ y con la naturaleza” (p. 77). Y agrega: “Los ideólogos crean una ‘oposición de naturaleza e historia’ al excluir de la historia la relación productiva de los hombres con la naturaleza (...) Los hombres tienen siempre ante sí una ‘naturaleza histórica y una historia natural’” (Schmidt, 2014, p.45). Recordemos que en *La Ideología Alemana*

(1974), Marx y Engels planteaban con nitidez este incesante proceso creador de diversas subjetividades, enmarcadas en distintos tipos de formaciones socio-históricas:

(...) cada una de sus fases se encuentra un resultado material, una suma de fuerzas de producción, una relación históricamente creada contra la naturaleza y entre unos y otros individuos, que cada generación transfiere a la que le sigue, una masa de fuerzas productivas, capitales y circunstancias, que, aunque de una parte sean modificados por la nueva generación, dictan a ésta, de otra parte, sus propias condiciones de vida y le imprimen un determinado desarrollo, un carácter especial; de que, por tanto, las circunstancias hacen al hombre en la misma medida en que ésta hace a las circunstancias (p. 40,41).

Con esta base argumental, tomaremos la propuesta de Modonesi (2010) quien nos invita a pensar los procesos de subjetivación política en un nivel sincrónico, a partir de reconocer combinaciones desiguales de subalternidad, antagonismo y autonomía, que reflejan experiencias de subordinación, insubordinación y emancipación (p.18, 19). Este análisis necesariamente debe contemplar, el nivel diacrónico, “en función de un elemento ordenador que, tiñendo de sus colores a los demás, estructura y caracteriza la forma de las dinámicas de formación y configuración de las subjetividades políticas concretas” (Modonesi, 2010, p.19). El autor nos invita a hallar en el marxismo crítico una herramienta de lectura ante los procesos de formación de los sujetos y “movimientos socio-políticos que se gestan en las grietas de la dominación capitalista y tendencialmente la desafían, abriendo inciertos pero luminosos caminos de emancipación” (Modonesi, 2010, p. 24).

Es en esa dirección que intentaremos captar esos ‘espacios de esperanza’ forjados en torno a la *soberanía alimentaria* como resistencia, desafío y/o respuesta a las lógicas del capitalismo en su expresión local de la dinámica extractivista. A la luz de los acontecimientos compartimos el análisis que sostiene que, desde su génesis, las fuerzas productivas bajo la lógica del capital, “sólo experimentan un desarrollo unilateral, se convierten para la mayoría en fuerzas destructivas” (Marx y Engels, 1974, p.69). Frente a esta expansión, nos dice Modonesi (2010): “Existen ámbitos, saberes y recursos comunitarios resguardados que no nacen de la subordinación como imposición y que se convierten en instrumentos de lucha” (p. 45). Para el autor que más allá de su origen “estos recursos cobran sentido y materialidad en su contexto de dominación y, por lo tanto, no pueden aislarse de la relación entre mando obediencia/resistencia que le corresponde” (Modonesi, 2010, p.45), por lo

que caracterizar y comprender esos escenarios será tarea esencial. En ese camino resulta esencial comprender de qué modo ciertos saberes y prácticas devienen posibles recursos para la autonomía. En esta trama, Mezzadra (2013) agrega:

Las diferentes formas de propiedad común y de relaciones comunitarias no pueden sino ocupar roles centrales –sea como ‘foco de ataque’ para el capital (a través de un amplio espectro de dispositivos de cercado y despojamiento) sea como base para la resistencia (p. 130).

Amparados en estas propuestas analíticas, es que entendemos imprescindible fijar la atención allí donde el capitalismo trazó una de sus rupturas originarias en las subjetividades políticas; y allí donde el capitalismo actual busca extender sus fronteras geográficas, corporales, culturales, es decir, políticas en su sentido denso; nos referimos a los sujetos y colectivos que aún obtienen del vínculo ancestral con la tierra, fuente de energía para la vida, el alimento de sus cuerpos, de sus ideas, y de sus prácticas y, en un plano más profundo, de su obrar político como praxis otra: o bien de resistencia y/o bien de esperanza frente a --como bien describen los zapatistas-- ‘la hidra capitalista’, un monstruo real, “el más sanguinario y cruel que haya conocido la humanidad desde que el mundo se dividió en dominadores y dominados” (2017, p. 208).

### **La sustracción del alimento, una historia política**

Retomando el planteo de Modonesi (2010), nos proponemos desarrollar un marco socio-histórico que nos permita dar densidad a la hora de poder realizar una interpretación sólida a nivel diacrónico, que no sólo transite por la memoria reciente de los territorios, sino que dialogue con el pasado y las diversas estructuraciones y resistencias que allí anidan. Buscaremos trazar algunas líneas de conflicto que entendemos devienen centrales a la hora de interpretar los escenarios emergentes en nuestro trabajo. Por empezar, debemos situarnos dentro del marco que fija el “capitalismo histórico”, escenario donde “la incesante acumulación de capital ha sido el objetivo o ‘ley’ económica que ha gobernado” (Wallerstein, 2010, p.7). Un proceso que se retroalimentó a partir de una civilización que como bien definió Polanyi (2007):

...optó por fundarse sobre un móvil, el de la ganancia, cuya validez es muy raramente conocida en la historia de las sociedades humanas: de hecho nunca con anterioridad este rasgo había sido elevado al rango de justificación de la acción y del comportamiento en la vida cotidiana (p. 67,68).

Como sabemos, esta matriz cultural originaria del extremo occidental euro-asiático, se expandió a partir de fines del siglo XV en una marcha incesante a lo largo y ancho del planeta hasta devenir en una economía-mundo (Wallerstein, 2007). En tierras americanas, la expansión inició de forma violenta mediante el colonialismo imperial mercantil para mutar a lo largo de los cinco siglos siguientes en una yuxtaposición de formas político-económicas hasta el actual dominio del capitalismo neoliberal. A los fines de nuestra tarea no podemos desconocer que desde ese genocidio fundante del continente americano fueron arrasadas infinidad de prácticas culturales ligadas a los modos de producir, distribuir y consumir alimentos. Nos recuerda (Gligo, 2001) que por ejemplo en la zona de influencia incaica antes de la colonización, “las prácticas alimentarias eran muy completas y consultaban conservación, ablactación y selección en base al poder nutritivo” (p. 64). Este análisis sostiene que las poblaciones de esa región “tenían una alimentación superior a las del actual mundo civilizado del área altiplánica” (Gligo, 2001, p.64). Entre otras consecuencias, “la irrupción hispana rompió el aprovechamiento vertical de las economías andinas, desintegrando el autoabastecimiento que existía” (Gligo, 2001, p.68).

Una de las empresas coloniales más nocivas fue la explotación argentífera a gran escala en los primeros siglos de Conquista, acción que desestructuró por completo vastas regiones antes dedicadas a la horticultura, para priorizar el abasto de la maquinaria centrada en torno a los territorios mineros. “Estos cambios crearon una nueva geografía y alteraron las condiciones ecológicas, económicas y políticas de las poblaciones conquistadas” (Wolf, 2006, P.177). La nueva economía minera exigió “una fuerte demanda de alimentos y bebidas para abastecer trabajadores y animales, de pieles y cueros para hacer cuerdas y cubos (...), madera para alimentar las fundiciones y grandes cantidades de animales de carga para trabajo y transportes” (Wolf, 2006, p.177). Bajo este nuevo orden, la producción de alimentos debía sostener prioritariamente a las poblaciones españolas, a las unidades eclesiásticas, y a los puestos de estación en los caminos comerciales.

Otros rasgos que caracterizan ese recorrido del incipiente capitalismo pueden observarse en su faz agraria: las tierras comunales o campos abiertos dieron paso a las plantaciones y haciendas. Algunas características que forman parte de la génesis de este sistema, y cíclicamente se recrean, son la extensión de los monocultivos, la expulsión de campesinos y comunidades indígenas de las áreas rurales, la

privatización y posterior concentración de la propiedad de la tierra (Marx, 2014; Wolf, 2006; Federici, 2004; Fraser, 2014) y la extracción de nutrientes más allá de su capacidad de reposición natural (Marx, 2014; Schmidt, 2014; Bellamy Foster, 2004). En ese derrotero, podemos tomar como caso testigo a la ya constituida nación Argentina, que era para 1880 unas de las grandes exportadoras de trigo a nivel mundial (Wolf, 2006, p. 387). Una fotografía impensada en esos territorios un par de siglos antes; marca histórica que esconde una profunda alteración de prácticas y saberes; acarrea genocidios y migraciones forzosas; rupturas de ecosistemas; y *en definitiva consistió en la re-escritura violenta de estas geografías*.

Una mirada más profunda para pensar qué ocurría con buena parte de las subjetividades habitantes de esos territorios forzados a la empresa capitalista nos esboza E. M. Wood (2016). En su análisis del origen del capitalismo agrario en Europa y sus réplicas coloniales, plantea que el incesante aumento de la demanda de materias primas a niveles desconocidos impactó en toda una nueva lógica de entender las relaciones, con la explotación como eje: explotación de la familia, de la tierra, y del propio cuerpo. Fue bajo esta modalidad socio-económica que no quedaron más que dos grandes opciones para amplios sectores de la población: “en el mejor de los casos, una intensa auto-explotación; en el peor, la desposesión y el desplazamiento por parte de empresas mayores y más productivas” (Wood, 2016. p.205). Este proceso, caracterizado como expansión de las ‘fronteras mercantiles’ (Moore, 2003), lleva de forma permanente a incorporar nuevos territorios, con sus respectivas comunidades, a una dinámica forzada de “vender para sobrevivir” una vez que los ecosistemas locales son absorbidos por la economía-mundo, reconfigurando así tanto la expansión del capital global pero por sobre todo el modo de producción de la nueva zona inserta en la lógica del capital (p.24). En este pasaje, Fraser (2014) nos condensa de forma notable estas diversas características que hemos descripto del modelo capitalista:

“El primer rasgo definitorio del capitalismo es la propiedad privada de los medios de producción, que presupone una división de clase entre los propietarios y los productores. Esta división surge como resultado de la descomposición de un mundo social previo, en el que la mayoría de las personas, aún en diferentes situaciones, tenía acceso a los medios de subsistencia y a los medios de producción; acceso en otras palabras, a comida, vivienda y vestimenta, y a herramientas, tierra y trabajo, sin tener que pasar por los mercados de trabajo” (p.59).

Como hemos hecho referencia, estas transformaciones atacaron frontalmente el abastecimiento alimentario (tipo, cantidad y calidad) de cada geografía puesta a funcionar en la máquina del capital. De forma opuesta al relato hegemónico del ‘progreso capitalista’, hallamos en la historia de las hambrunas de los últimos siglos una relación estrecha a la intervención de este modelo ferozmente expansivo más que a la incapacidad productiva de determinado pueblo. Federici (2004) nos ofrece un análisis acerca de la ruptura de sistemas endógenos de organización agrícola a partir de la estructuración de la geografía en pos de los mercados exógenos, sean éstos nacionales como transnacionales: modelo que, como veremos, por estar originado en Europa no dejó de ser desde un principio lesivo incluso para las propias comunidades rurales de esa zona del mundo:

“La privatización de la tierra y la comercialización de la agricultura no acrecentaron la cantidad de alimentos disponibles para la gente común, aunque aumentara la disponibilidad de comida para el mercado y la exportación. Para los trabajadores esto fue el inicio de dos siglos de hambre de la misma manera que hoy, incluso en las zonas más fértiles de África, Asia y América Latina, la mala alimentación es endémica debido a la destrucción de la tenencia comunal de la tierra y la política de ‘exportación o muerte’” (p.122).

Como evidencia el registro histórico, esta fractura ‘socio-metabólica’ tuvo directas consecuencias alimentarias en su propio territorio de origen, dinámica que como las pestes fue inoculada a cada rincón del planeta bajo el resplandor aparente que irradiaba el ingreso a la modernidad. Pero a cada punta del globo existían y aún perduran diversas prácticas agro-alimentarias que evidencian que el capitalismo como matriz cultural no sólo no ha garantizado seguridad y soberanía alimentaria, más bien por el contrario ha erosionado sus bases allí donde sí existían.

Recupera Mike Davis (2006) por ejemplo que las grandes sequías del siglo XVIII atravesaron al territorio Chino, con una sólida organización política que tuvo como eje la distribución de granos almacenados por la dinastía Qing hacia las zonas más afectadas, ya que se entendía la subsistencia del campesinado como parte inquebrantable del contrato social (p.315). Por el contrario, en esa misma época, “los europeos morían a millones de hambre y de enfermedades relacionadas con el hambre”, en épocas de heladas y sequías, y auge de la Razón como cultura hegemónica (Davis, 2006, p.315). Como otro caso de análisis, para observar los trazos comunes de esta organización político-económica, Davis (2006) nos ofrece el ejemplo de la avanzada británica sobre la India. Previo a la colonización, “antes de

la creación de un mercado nacional de cereales con base en el ferrocarril, las reservas de alimentos a escala local eran mayores, la solidaridad patrimonial más generalizada y los precios de los cereales en las áreas con excedentes estaban mejor protegidos de la especulación” (p. 320). Es a partir del capitalismo colonial que puede comprenderse la crisis alimentaria de Bengala de 1770, y los posteriores episodios de hambre críticos como los sucedidos entre 1875 y 1920. De forma similar a lo que ocurría con la dinastía Qing, antes de la irrupción británica, el imperio mogol sostenía una férrea protección de los campesinos como sujeto social, en la que la alimentación era parte fundamental (Davis, 2006, p. 321). En un paralelo con lo descrito del caso incaico, un estudio citado por Davis refiere a que la media (cantidad y calidad) alimentaria durante el imperio mogol de Akbar era marcadamente superior a la de la India de mediados del siglo XX.

Ya decía Owen (en Polanyi, 2007) desde el centro mismo de la incipiente maquinaria capitalista, que el avance del capitalismo industrial (y su reverso agrario) implicó que tanto los trabajadores de la ciudad como los del campo, a un lado y otro del planeta, pasaran a padecer “una situación infinitamente más degradada y miserable que antes de que se introdujesen las manufacturas, de cuyo éxito dependen, sin embargo, para su pura y simple subsistencia” (p.213). El propio Polanyi (2007), para graficar los orígenes capitalistas en tierras europeas, traza un paralelo con el colonialismo del siglo XX: “Las consecuencias de la institucionalización de un mercado de trabajo resultan patentes hoy en los países colonizados. Hay que forzar a los indígenas a ganarse la vida vendiendo su trabajo” (p. 269). Desde el Sur Global, el médico brasileño Josué de Castro formuló un planteo similar, que pone en el centro del debate a la colonización de la economía: “Al dedicar sus esfuerzos de manera preponderante a la producción de materias primas exportables, los habitantes de las regiones coloniales no consiguieron liberarse de la esclavitud del hambre” (p. 301). En definitiva, la desarticulación de las bases agroalimentarias y la expansión de las hambrunas es un modus operandi del capitalismo. Como decía Marx, la ruptura de la relación hombre naturaleza, esa ‘fractura irreparable’ llevada su extremo por la lógica del capital, “arranca a los hijos de la tierra del pecho en el que se criaron, y transforma así el propio trabajo del suelo, que por su naturaleza parece ser la fuente directa de la subsistencia, en una fuente de subsistencia mediada” (en Bellamy Foster, 2004, p. 269). Esa mediación estará guiada entonces por dinámicas absolutamente ajenas a las necesidades



inmediatas del cuerpo individual y colectivo de la comunidad, como satisfacer de nutrientes los físicos humanos con los recursos más próximos, y quedará supeditada a las prioridades de los mercados extrazona.

El hambre, devenida regla en tierras dispuestas al capital, había sido un fenómeno excepcional en culturas no capitalistas de las más diversas. En base a un cúmulo de evidencia histórica, Polanyi (2007) sostiene que “en una sociedad primitiva, el individuo generalmente no se siente amenazado de morir de hambre a menos que la sociedad en su conjunto se encuentre en esa triste situación” (p. 269,270). “No existe hambre en las sociedades que viven en el límite del nivel de subsistencia” (Polanyi, 2007, p.270). Desde la ‘Geografía el Hambre’, De Castro asevera que no hay registros en las primeras poblaciones de déficits alimentarios, por el contrario estos aparecen cuando las sociedades comienzan a acumular bienes, trazar fronteras, y guerrear. En un emblemático pasaje de ‘La Gran Transformación’, Polanyi (2007) sentencia: “la primera contribución del hombre blanco al mundo del hombre negro fue esencialmente hacerle conocer el azote del hambre. Fue así como el colonizador decidió derribar los árboles del pan, a fin de crear una penuria artificial” (p. 270). Desde tierras bolivianas, región violentamente atravesada por la colonización europea desde el genocidio continental fundante, son las propias voces del campo profundo las que reafirman este planteo:

...nuestra historia nos enseña que nuestros pueblos fueron capaces de organizar una sociedad donde no se conocía hambre ni explotación (...) grandes civilizaciones desarrollaron un alto conocimiento y productividad en el campo agrícola, ganadero, en obras de ingeniería (...). A partir de la conquista española, todo ese conocimiento desarrollado a lo largo de siglos fue ignorado y destruido hasta que hoy hemos sido reducidos a vivir en condiciones de hambre, escasez y explotación (Declaración de la CSUTCB en Rivera Cusicanqui, 240).

Desde los orígenes de la expansión capitalista, como apunta Foster (2004): la fractura metabólica relacionada en el nivel social con la división antagónica entre ciudad y campo se ponía también de manifiesto a un nivel más global: colonias enteras veían el robo de sus tierras, sus recursos y su suelo en apoyo de la industrialización de los países colonizadores (253).

Esta lógica, se reeditará desde entonces hasta nuestros días en dinámicas sub-regionales y sub-nacionales, en lo que ha sido bien definido como colonialismo interno (González Casanova, 2006). Con este breve repaso histórico intentamos destacar algunos aspectos de la formación, consolidación y desarrollo del

capitalismo como economía-mundo que hacen a la configuración socio-territorial y, en particular, a las prácticas de obtención, distribución, consumo, discursos e imaginarios en torno al alimento, fuente primaria de las energías vitales.

### **Extractivismo situado**

Como hemos observado, el extractivismo es una dinámica global, histórica, intrínseca y fundamental en el devenir capitalista. Su re-actualización es incesante y, si bien su semiotización (Guattari, 2004) permea a toda la cadena del capital – bienes, trabajo, relaciones, emociones--, es en los territorios de las extracciones donde hallamos la explicitación más llana de esa acumulación por desposesión (Harvey, 2007) que se renueva. Para acercarnos al actual escenario socio-territorial de análisis, debemos mapear algunas transformaciones estructurales acaecidas en las últimas décadas con directo impacto ecológico, económico y político en estas regiones. En el marco de un nuevo ciclo de auge de los precios internacionales de las materias primas, la geografía latinoamericana ha experimentado un profundo proceso de reconfiguración. Esta lógica ha sido rotulada bajo el concepto de “consenso de las commodities” (Svampa, 2013) o “consenso de Beijing” (Machado Aráoz, 2014), y ha dado lugar a la constitución de un nuevo orden económico y político caracterizado por la reprimarización, la concentración y la extranjerización socioterritorial y productiva.

Algunos datos ilustran con mayor claridad estas tendencias, y el tipo de actividad extractiva que atraviesa a los países de la región en las últimas décadas. Por ejemplo, las naciones del extremo sur de América triplicaron el área de cultivo y quintuplicaron la producción de soja entre 1990 y 2014, hasta alcanzar conjuntamente más de 150 millones de toneladas en 60 millones de hectáreas, una extensión más grande que la superficie de Paraguay y Uruguay juntos. Pero, sólo entre 2000 y 2014, “las plantaciones de soja en América del Sur se ampliaron en 29 millones de hectáreas, comparable al tamaño de Ecuador”<sup>1</sup>. Como otro reflejo de estas prácticas predatorias vigentes, observamos que en la década del noventa, se desató un ‘boom minero’ en el Centro y Sur de América que se tradujo en un crecimiento de las exportaciones que se duplicaron en esa década. Este aumento no revirtió su marcha aún bajo el significativo cambio de escenario político regional que atravesaron estos territorios a partir del 2000, durante el denominado ‘Ciclo

---

<sup>1</sup> Desterrados: Tierra, poder y desigualdad en América Latina, OXFAM, 2016.

Progresista'. Por el contrario, la megaminería triplicó las exportaciones de la actividad durante la siguiente década (Machado Aráoz, 2014, p.45, 46).

Dicho proceso se ha manifestado de forma nítida en la Argentina. La década del '90 ha marcado uno de los hitos del modelo mega-minero, con la sanción del nuevo Régimen de Inversiones Mineras en 1993 (Ley N° 24.196 y ss). En términos cuantitativos, estas políticas significaron que en una década (2002-2012) se pasara de 18 a 614 proyectos de explotación minera. Según el Observatorio de Conflictos Mineros de América Latina (2017), en base a datos oficiales, son 435 los prospectos mineros existentes en el país, con el 82 por ciento del total en etapa de inicio. Cerca de 9,5 por ciento de los proyectos se encuentran en etapa de factibilidad y operación, mientras que una veintena alcanza ya una exploración avanzada. El territorio afectado por la actividad atraviesa 183.000 kilómetros cuadrados (7 por ciento de la superficie continental del país). Son 17 las provincias con proyectos, más allá de legislaciones que limitan la actividad o estar comprometidas tierras indígenas, áreas protegidas o zonas urbanas.

La provincia de Catamarca se ha convertido en una jurisdicción emblemática del régimen minero exportador: ha sido sede del primer mega-proyecto de minería a cielo abierto del país, con la instalación del proyecto trasnacional Minera Alumbrera Ltd, con una capacidad de explotación de 180.000 toneladas diarias de roca y un consumo de agua autorizado de 1.200 litros de agua por segundo (Machado Aráoz, 2009). Estos escenarios implican directas consecuencias en la sostenibilidad de prácticas de producción y consumo de alimentos bajo dinámicas que prioricen el territorio local y las prácticas productivas endógenas. Como nos señala desde la Vía Campesina Stédile (2008), “está en curso una nueva re-división internacional de la producción y del trabajo, que condena a la mayor parte de los países del hemisferio sur, a ser simples exportadores de materias primas agrícolas y minerales” (p.5), bajo la cual se erosiona la agricultura campesina. Una recreación de la larga y dolorosa historia ya narrada. En el caso de la minería, el discurso ‘oficial’ (político y empresarial) del presente opera desde una concepción binaria de los territorios basada en la lógica viable-no viable, “que desemboca en dos ideas mayores: por un lado, la de ‘territorio eficiente’; por otro, la de ‘territorio vaciable’, en última instancia, ‘territorio sacrificable’” (Svampa, Bottaro y Sola Álvarez, 2009, p. 43). Nos evidencia esta actualidad de eco-geno-cidio, más explícito en algunas regiones, más anestésico en otras, que ese ‘Régimen de Naturaleza’ nacido de la

conquista y el saqueo de América funda la institucionalidad y subjetividad moderna (Machado Aráoz, 2017) que aún nos habita como cultura hegemónica. Esa “falla socio-metabólica” (desacople de la autoproducción alimentaria, contaminación concentrada en las grandes urbes, industrialización de la agricultura, desplazamiento de comunidades campesinas, inferiorización de los cuidados socio-afectivos) desatada a niveles inconmensurables por la secuencia colonialismo-capitalismo será hasta nuestros días una profunda ‘falla civilizatoria’ (Machado Aráoz, 2017), sacrificial de nuestra naturaleza en inter-ser con los diversos flujos de la vida.

### **Soberanía alimentaria, horizonte emancipatorio**

En 1996 La Vía Campesina (VC) lanzó al debate público el término ‘Soberanía Alimentaria’ como una respuesta crítica a la Conferencia Mundial sobre la Alimentación que la FAO organizaba en Roma. Desde el organismo dependiente de Naciones Unidas, en el marco de históricas reuniones, se fijó como eje principal del ente la lucha por la ‘seguridad alimentaria’, definida como “el derecho de toda persona a tener acceso a alimentos sanos y nutritivos, en consonancia con el derecho a una alimentación apropiada y con el derecho fundamental de toda persona a no padecer hambre”<sup>2</sup>. Si bien desde el organismo se hacía mención a las comunidades indígenas y campesinas como sujetos productores de alimentos, el foco de sus intenciones estaba puesto en las lógicas del desarrollo, los mercados y los aportes de la transferencia científica desde una perspectiva occidental. Desde la VC, la principal articulación de organizaciones rurales de base a nivel mundial, se buscó una “alternativa a los problemas del hambre, la pobreza y la degradación medioambiental y social relacionadas con la producción de alimentos a través de la distribución de poder en la cadena alimentaria” (Calle, Montiel y Ferré, 2010, p. 8). Mientras que la Seguridad Alimentaria significa que “cada niño, cada mujer y cada hombre deben tener la certeza de contar con el alimento suficiente cada día” (Rosset, 2003, p. 1), nada dice esa propuesta respecto a “la procedencia del alimento o a la forma en que se produce” (Rosset, 2003, p.1, 2).

Desde su irrupción en la arena de los debates institucionales globales se dejó en claro que Soberanía Alimentaria es un concepto en permanente recreación, que dialoga con las realidades territoriales y las coyunturas políticas. Tal vez, la

---

<sup>2</sup> Declaración de Roma sobre la Seguridad Alimentaria Mundial (FAO-ONU) <https://goo.gl/PLwaH>

Declaración de Nyéleni (2007) sea una de las definiciones más acabadas y que mejor sintetice la densidad de la propuesta:

(...) es el derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles, producidos de forma sostenible y ecológica, y su derecho a decidir su propio sistema alimentario y productivo una estrategia para resistir y dismantelar el comercio libre y corporativo y el régimen alimentario actual, y para encauzar los sistemas alimentarios, agrícolas, pastoriles y de pesca para que pasen a estar gestionados por los productores y productoras locales. La soberanía alimentaria da prioridad a las economías locales y a los mercados locales y nacionales, y otorga el poder a los campesinos y a la agricultura familiar, la pesca artesanal y el pastoreo tradicional, y coloca la producción alimentaria, la distribución y el consumo sobre la base de la sostenibilidad medioambiental, social y económica. La soberanía alimentaria promueve el comercio transparente, que garantiza ingresos dignos para todos los pueblos, y los derechos de los consumidores para controlar su propia alimentación y nutrición. Garantiza que los derechos de acceso y a la gestión de nuestra tierra, de nuestros territorios, nuestras aguas, nuestras semillas, nuestro ganado y la biodiversidad, estén en manos de aquellos que producimos los alimentos. La soberanía alimentaria supone nuevas relaciones sociales libres de opresión y desigualdades entre los hombres y mujeres, pueblos, grupos raciales, clases sociales y generaciones.<sup>3</sup>

Estas definiciones encarnan una profunda discusión política enlazada directamente con los “modelos de desarrollo” analizados anteriormente. El extractivismo, como hemos mencionado, no sólo pone en jaque lo que desde la lógica del capital se tipifican como ‘recursos naturales’ sino que erosiona diversas tramas socio-culturales que caminan en los bordes del modelo capitalista. “La dinámica necroeconómica del capital se asienta, en última instancia, en la sistemática práctica depredatoria-extractivista que produce sobre las agro-culturas, esto es, sobre los pueblos hacedores de alimentos” (Machado Aráoz y Paz, 2016, p. 150). En esta línea comienza a tornarse más explícita los socio-metabolismos en disputa. En tanto que el capitalismo implica un metabolismo que arrasa con la socialización del vínculo con la tierra, y el cuidado ecológico urdido en torno a esa comunalidad, es un sistema que constitutivamente “no puede producir agri-culturas; produce, por su propia naturaleza, mono-(in)-culturas. (Machado Aráoz y Paz, 2016, p. 152).

Desde una perspectiva política radical, debemos comprender la disputa de sentidos y prácticas alimentarias como esencia de la democracia en su sentido profundo. “Las resistencias campesinas, alimentarias, ecologistas o fundadas en una economía solidaria entienden que no puede haber soberanía alimentaria si no se trabaja en la

---

3 Declaración realizada en Malí en el marco del Foro para la Soberanía Alimentaria.

democratización del entorno extenso que la puede producir” (Calle, Montiel y Ferré, 2010, p.13). Con carencia de tierra, de agua, de aire, de cuerpos y mentes sanas no hay posibilidad de concretar una verdadera autonomía en materia agrícola y nutricional. La disputa por la soberanía alimentaria entonces nos ubica alrededor de una esencial lucha emancipatoria de las lógicas del capital reseñadas. Antagónico de la destrucción de solidaridades, de la devastación ecológica y de la monocultura, este horizonte encarnado por comunidades campesinas, indígenas y pequeños agricultores “apunta a garantizar la diversidad productiva, el abastecimiento de mercados locales, el desarrollo de una identidad cultural local, como también un uso sustentable de los bienes naturales” (Hocsman, 2014, p.50). En estos términos podemos vislumbrar que la soberanía alimentaria tal y como se encarna en las prácticas concretas nos habla más en términos de comunalidad y autonomía alimentaria territorialmente situada, que asimismo se tensiona y coexiste con aspectos soberanos a nivel macro si pensáramos en términos netamente estatistas.

#### **Nutrir (se-de) el territorio<sup>4</sup>**

Si los grandes trazos del extractivismo nos hablan de daños inconmensurables, la soberanía alimentaria como ‘régimen sociometabólico otro’ respecto al capitalismo nos permite dimensionar con mayor claridad estos impactos. En el caso catamarqueño, los requerimientos de agua de la explotación minera operan el desplazamiento directo de economías domésticas cuyas actividades agrícolas son completamente dependientes del riego, tal como se ha visto ya en el valle de Santa María (Machado Aráoz, 2009). Son visibles los impactos sobre la agricultura y ganadería de esta actividad: degradación de los pastizales naturales, con el consecuente despoblamiento de puestos y localidades pastoriles. Los casos emblemáticos de Amanao y Vis Vis, en el departamento Belén, dan cuenta de esto. La degradación y pérdida de las capacidades productivas también ha sido notable en los sectores agrícolas del departamento Belén, donde según datos de la Dirección Provincial de Riego desde fines de los '90 hasta la actualidad, la superficie cultivada

---

4 El análisis de datos en base a los cuales se aborda este apartado es el resultado de un proceso de investigación que acumula trayectorias individuales y colectivas, actualmente cristalizada en el grupo ‘Territorios y Cuerpos en el siglo XXI’, mediante el seguimiento del proceso extractivo minero en la provincia. A los antecedentes hemos incorporado un trabajo de campo realizado durante el mes de enero de 2017 con entrevistas a informantes claves (campesinas y campesinos integrantes de la organización ACAMPA). El proceso metodológico se ha complementado también con la investigación documental y estadística relevada en organismos públicos y medios de comunicación.

se ha reducido en 2600 hectáreas. En el caso de Andalgalá, de acuerdo a las estimaciones de la Estación Experimental del INTA, la superficie cultivada anual ha descendido de 1700 hectáreas a principios del 2000 a 800 hectáreas en las últimas campañas. En tanto que para Andalgalá se observa una significativa merma de las unidades productivas, de 800 a 450 explotaciones agropecuarias. Por ejemplo en ese departamento, los pequeños productores centrados en la economía local ponen como eje central de sus discusiones frente a organismos técnicos del Estado la cuestión del agua, tanto su disponibilidad como su calidad por encima de otros temas de índole productivo (Machado Aráoz y Rossi, 2017).

Con estos antecedentes, y en el marco de una “fiebre” global por el litio, al menos doce proyectos relacionadas a esa actividad se encuentran vigentes en la provincia en diverso estado de avance y actividad<sup>5</sup>. Un ejemplo insignia de esta nueva minería es el emprendimiento Tres Quebradas (3Q) al oeste de Fiambalá (Tinogasta), área agrícola atravesada por el río Abaucán. Asimismo, en el margen norte de esa ‘herradura’ natural que forman los cerros, se encuentra vigente la intención de explotar el proyecto aurífero ‘La Hoyada’<sup>6</sup>. En este territorio, del denominado bolsón de Fiambalá, aún pervive una intensa actividad agrícola con población rural estable, principalmente vinculada a la producción de vid en unidades familiares<sup>7</sup>, tanto para uva de mesa como para vino. Las chacras se caracterizan por la diversificación: cuentan con variedad de frutales (durazno, manzanas, higo, entre otros), horticultura, granos, pasturas, cultivo de árboles para extracción de madera a baja escala, en explotaciones que además de satisfacer el consumo familiar, aportan productos para la venta (especialmente la uva), y para el trueque (por otras frutas, verduras y carne).

Es esta tensión latente la que se refleja en los relatos de la Asociación Campesinos del Abaucán (ACAMPA)<sup>8</sup> en torno a la posible convivencia entre los proyectos mineros y el tipo de agricultura que practican.

---

5 “Hay 12 proyectos más vinculados con el litio en Catamarca” <https://goo.gl/ejEeFd> (última consulta 02/07/2018)

6 “Buscamos aportar al desarrollo del pueblo” <https://goo.gl/vzJvXR> (última consulta 02/07/2018).

7 Las unidades familiares representan alrededor del 60% del total de producción del sector a nivel departamental, con predios de 1,6 hectáreas en promedio (Machado Aráoz 2004).

8 Es pertinente destacar el auto-reconocimiento de un colectivo como ‘campesino’ en un país con una profunda negación de este sujeto tanto en el ámbito académico como en de las políticas públicas. “La cuestión campesina en Argentina no se trata de un proyecto pre-moderno, como afirmación folklórica del pasado; ni un proyecto anti-moderno de grupos conservadores, sino de una acción política de liberación económica, ecológica, cultural, tecnológica” (Barbetta P., Domínguez D. y Sabatino P. 2012).

*Santiago (Chuquisaca, 69): "El gobierno (local) dice 'vamos a apoyar a los productores', pero por otro lado da apoyo a la minería; si sabemos que nos va a perjudicar nuestro frutos, el agote de agua. Las riquezas que tenemos, digamos no sé cómo llamarle, yo le digo así, tantos yuyos que hay en nuestra zona que son curativos y esos van a morir; los animales, hay mucha hacienda, y esa son las riquezas de la gente. Hay mucha gente en la zona que no son empleados del Estado y no son jubilados tampoco. Entonces viven con su ganadito: ovejas, llama, cabra. Eso a lo último va a fracasar"*

*Nicasio (Medanitos, 58): "Aparte del proyecto del litio, hay muchos proyectos para otros minerales. Una vez que se instalan ahí vamos a tener verdaderos problemas. Todo el agua que se utiliza, eso es de la cordillera. Si sacan el agua allá, ya está"*

*Helena (Tatón, 63): "Pero si empiezan con esto de las minerías no sé qué va a pasar, cómo vamos a poder sobrevivir los que estamos en el campo. Toda la contaminación va a llegar. Ojalá no sean los emprendimientos en nuestro pueblo, pero estamos cerca. Ahora es una preocupación, los que hemos empezado a pensar en los problemas, las enfermedades, y lo que sería que faltaría el agua, eso sería lo más triste. Nosotros estamos acostumbrado a beber el agua de río, y lo que cultivamos es con esa agua. Sería muy triste que el día de mañana no tengamos esa producción"*

En estos testimonios se perfila a la actividad minera a gran escala como potencial 'perjuicio' en tanto afectaría la cantidad y calidad de agua, con la consecuente extinción de la agricultura y ganadería a pequeña escala, entre otras secuelas. Como hemos señalado, y dejan entrever los relatos, para quienes practican esta economía de subsistencia la presión sobre la actividad pone en riesgo su propio modo de relacionarse con la naturaleza, es decir, no es la mera desaparición de un oficio lo que está en juego si no una trama compleja que abarca una relación con el alimento que está escasamente mediada e incluye aspectos bio-físicos (relación entre cuerpo y tierra entendida en sentido pleno) y profundas prácticas e imaginarios culturales en torno al ser agricultor.

*Nicasio (58, Medanitos): "Se siembra un poco de todo: morrón, zapallito, maíz. Se va probando. Este año he sembrado ajo, cebolla. Hay tomate, zapallo. Se hace acopio para la ganadería, porque tenemos chanchos también. Hay intercambio todavía con los vecinos. Por ahí uno tiene carne, huevo y uno cambalechea. Y las viñas mal que mal se vende, a bajo precio, pero siempre tenés la esperanza el año siguiente"*

*Helena (63, Tatón): "Tenemos la vid, higuera, duraznero, manzano, granada, nuez, hortaliza, ponemos alfalfa, vicia, papa, maíz, zapallo. Tenemos hermosas chacras. Hacemos dulces, jaleas, aprovechamos la fruta, desecamos la verdura. Eso es una ayuda, da un rédito. Nos quedan los chanchos. Uno lo que tiene es para mantenerse para la*



*familia, y el sobrante por ahí vende, lo cambia. Tenemos la hortaliza para todo el año, para poner la olla todos los días”*

*Santiago (Chuquisaca, 69): “Las hortalizas todos tienen. Acá tenemos durazno, nogales, la higuera, el membrillo, la manzana deliciosa, y el vino, alfalfa. Y truequeamos: capaz yo no tengo higuera y cambiamos con otro que capaz no tiene membrillo; o algún cabrito por pasa de higo”*

*Mercedes (62, Medanitos): “Acá se vive mejor que en la ciudad, porque en la ciudad si no tiene un bolsillo con plata no va a comer, acá mal que mal tiene un choclo, un zapallo, un tomate que lo cocina y lo va a pasar bien. En cambio en la ciudad lo tiene que comprar todo”*

Es desde esta identidad de agricultoras y agricultores campesinos que la preocupación por el avance de los proyectos mineros toma densidad. Es la propia subjetividad reflejada en los discursos en defensa de esas prácticas agrarias la que expresa su potencial productividad política en el antagonismo con formas otras de apropiación de la naturaleza, en este caso la mega-minería. El posible avance de ese modelo extractivo a gran escala no implica solamente el gravísimo riesgo de agotamiento del agua o es desplazamiento de algunas familias; expresa sobre todo la probable erosión de un tejido de sabias relaciones entre humanos y naturaleza que sienten, habitan y producen el lugar para vidas futuras, a manos de quienes ven allí una superficie inanimada a ser ocupada con fines excluyentemente capitalistas (Escobar, 2017: 173).

*Mercedes (62, Medanitos): “Nosotros salimos, conversamos con gente que ha sido golpeada por eso. Si sigue la minería, va a llegar un momento dado que ni uva vamos a cosechar. ¿Y los que vienen detrás de nosotros? Uno no puede pensar en sí mismo, sino pensar en las generaciones que vienen por detrás”.*

*Helena (63, Tatón): “Sería lindo hacer reuniones, para enseñar, hablar más, porque en la radio poco se habla de esto. Que le cuenten a la gente que no cree, que expliquen”.*

*Nicasio (58, Medanitos): “Está la posibilidad de hablar con gente que ya la ha sufrido en Belén o Andalgala. Ellos ya están diciendo cuales son las consecuencias de la minería, porque la han vivido. Hay gente que espera trabajo de la minera, algún beneficio, eso es ‘pan para hoy, hambre para mañana...’”*

## **Socio-metabolismos antagónicos**

Los miembros de Acampa manifiestan su conocimiento acerca de los riesgos de la actividad minera en base a articulaciones con afectados de otras locaciones; expresan la incompatibilidad con sus prácticas productivas; y la necesidad de ampliar la discusión sobre el tema en las comunidades de la zona. En tanto riesgo latente, la actividad minera en el Bolsón de Fiambalá comienza a perfilarse como ‘antagónica’ desde la posición de algunos campesinos organizados en Acampa. Si entendemos a la actividad económica en su génesis como esencia de la actividad política, es decir a cómo se piensan las relaciones de la vida social con la naturaleza (Tapia, 2009, p.15), son este tipo de colectivos los que discuten en definitiva “la redemocratización de las economías” (Tapia, 2011, p. 83). Observamos aquí la explicitación de al menos dos tipo de ‘territorialidades’ (Porto Gonçalves, 2006) claramente diferenciadas, que expresan diversos modos de ser-estar en el territorio, y que asimismo lo reconfiguran a partir de sus relaciones (subordinación, insubordinación, emancipación). Por un lado, los pueblos que practican una posesión y producción colectiva de la tierra, o formas más próximas a este tipo de dinámicas, son los que históricamente han tendido a “sentirse parte de la naturaleza, que si es afectada seriamente también pone en peligro la vida de la comunidad” (Tapia, 2009, p.109). Mientras que en otro camino, el avance de la propiedad privada, en este caso simbolizado en la empresa mega-minera, “cancela las prácticas de reciprocidad o complementariedad” (Tapia, 2009, p. 110).

Como nos plantea Modonesi (2010), las diversas instancias de conflicto nunca son puras y se superponen de forma permanente: por un lado, encontramos rasgos de subalternidad (no existe una resistencia sistemática al aval institucional a la actividad minera ni una lucha sostenida contra el discurso hegemónico en favor del sector empresarial que avanza), mientras que sí persisten profundos rasgos de autonomía en las prácticas productivas y socio-culturales de las comunidades campesinas (siembra para autoconsumo, trueque, venta de alimentos artesanales, feria de intercambio de semillas). Asimismo, son esas prácticas autónomas, que anteceden al potencial conflicto que se vislumbran como un reservorio de lucha clave (Modonesi, 2010, p.45). La presencia de un discurso enraizado en las prácticas concretas de la agricultura campesina, que sugiere la imposibilidad de convivencia entre las actividades en disputa, plantea un horizonte donde la ‘soberanía alimentaria’ como término llave, nos permite dimensionar toda una serie de tensiones que afloran allí donde el capital extractivista irrumpe. Ese embrionario

antagonismo expuesto en las entrevistas pone de manifiesto la lucha por el agua, por la tierra, por el aire, por los modos de producir, de distribuir y de consumir el alimento; por las formas de habitar (con) el territorio, es decir de ‘socio-metabolismos’ contrapuestos: uno que aún mantiene una flecha del tiempo más armónica con lo circular (Tapia, 2009, p.49), a la regeneración de los ciclos de la vida; y otro que se encuentra plenamente fracturado, que va hacia un adelante auto-destructivo. La posibilidad de una práctica política radical emerge allí, en esta conflictividad latente, donde las comunidades defienden su esencial derecho a cultivar la tierra para alimentarse de modo sano y soberano; para conservar una economía agraria con arraigo territorial; para sostener un suelo habitable para las próximas generaciones. A la vista de la larga historia de desplazamiento de las economías campesinas e indígenas, y de la sistemática erosión de la autonomía alimentaria puesta a andar por el capitalismo, entendemos que la defensa de los bienes comunes que hacen posible la vida desde el propio territorio-cuerpo como expresión materializada de la ‘soberanía alimentaria’ nos pone frente a una práctica política otra de la que se hace imprescindible el aprendizaje frente a la profunda crisis civilizatoria que atraviesa la humanidad.

## **Bibliografía**

- Anónimo (2017). *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista I*. Red de solidaridad con Chiapas, Tinta Limón, El Colectivo, América Libre.
- Barbetta P., Domínguez D., & Sabatino P. (2012). La ausencia campesina en la Argentina como producción científica y enfoque de intervención. *Mundo agrario*, 13(25), 00-00.
- Bellamy Foster J. (2004). La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza. El Viejo Topo.
- Calle Collado Á., Montiel M. S. & Ferre, M. R. (2010). Soberanía alimentaria y Agroecología Emergente: la democracia alimentaria. *Aproximaciones a la democracia Radical*. Icaria.
- Casanova, P. G. (2006). Colonialismo interno (una redefinición). *BORON, AA et al. (Comp.). La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas. Buenos Aires: Clacso*, 409-434.

- Coronil Fernando (2011). "Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo" en *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Lander E. (comp). Clacso.
- Davis, M. (2006). *Los holocaustos de la era victoriana tardía: el niño, las hambrunas y la formación del tercer mundo*. Universitat de València.
- De Castro, J. (1962). *Geopolítica del hambre: ensayo sobre los problemas alimentarios y demográficos del mundo*. Solar/Hachette.
- Escobar A. (2017). *Autonomía y diseño. La realización de lo comunal*. Tinta Limón.
- Federici, S. (2004). *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de Sueños.
- Fraser, N. (2014). "Tras la morada oculta de Marx. Por una concepción ampliada del capitalismo", en *New Left Review*, 86(3), 57-76.
- Gligo, N. (2001). *La dimensión ambiental en el desarrollo de América Latina*. CEPAL.
- Guattari, F. (2004). *Plan sobre el planeta: Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2004..
- Harvey D. (2007). *El nuevo imperialismo*. Akal.
- Hocsman L. (2014). "Tierra, capital y producción agroalimentaria: despojo y resistencias en Argentina, en *Capitalismo: tierra y poder en América Latina (1982-2012)*. Continente, Clacso y Universidad Autónoma Metropolitana.
- Machado Aráoz H. (2004). *Democracia y capitalismo en los márgenes de las estrategias de vida campesinas a la economía política del clientelismo*. Tesis de maestría en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Catamarca.
- Machado Aráoz, H. (2009). "Minería transnacional, conflictos socioterritoriales y nuevas dinámicas expropiatorias. El caso de Minera Alumbrera" en *Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencias sociales, Biblos*, 205-228.
- Machado Araoz H. (2014) *Potosí, el origen. Genealogía de la minería contemporánea*. Mardulce.
- Machado Aráoz H. (2017) "'América Latina' y la Ecología Política del Sur. Luchas de re-existencia, revolución epistémica y migración civilizatoria" en *Ecología Política Latinoamericana, volumen II*, Clacso, 193-224
- Machado Aráoz H. & Rossi, L. J. (2017). Extractivismo minero y fractura sociometabólica. El caso de Minera Alumbrera Ltd., a veinte años de explotación. *RevIISE-Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, 10(10), 273-286.

- Marx, C. (2014). *El capital. Tomo I: crítica de la economía política*. Fondo de Cultura Económica.
- Marx C. y Engels F. (1974). *La ideología alemana*. Pueblos Unidos y Grijalbo ed.
- Mezzadra S. (2014) *La cocina de Marx: el sujeto y su producción*. Tinta Limón Ediciones.
- Modonesi, M. (2010). *Subalternidad, antagonismo, autonomía: marxismos y subjetivación política*. Clacso.
- Moore J. (2003). “La Naturaleza y la Transición del Feudalismo al Capitalismo”. Traducido por Daniel Piedra (2011) de *Review (Fernand Braudel Center) Ecology of the Modern World-System*, Vol. 26, N° 2, 97-172.
- Polanyi K. (2007). *La gran transformación*. Quipu.
- Porto-Gonçalves C. W. (2006). A geograficidade do social: uma contribuição para o debate metodológico para o estudo de conflitos e movimentos sociais na América Latina. *Revista Eletrônica AGB-TL*, 1(3), 5-26.
- Rivera Cusicanqui S. (2010). *Oprimidos pero no vencidos. La mirada salvaje*.
- Rosset P. (2003). Soberanía alimentaria: reclamo mundial del movimiento campesino. *Policy*, 9(4).
- Schmidt A. (2014). *El concepto de naturaleza en Marx*. Siglo XXI.
- Stédile J. P. (2008). “La ofensiva de las empresas transnacionales sobre la agricultura” en *V Conferencia Internacional de la Vía Campesina*
- Svampa M. (2013) “Consenso de los Commodities y lenguajes de valoración en América Latina”, en *Nueva Sociedad* N° 244, 30-46.
- Svampa M., Bottaro L. & Álvarez M. S. (2009). “La problemática de la minería metalífera a cielo abierto: modelo de desarrollo, territorio y discursos dominantes”. *Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencias sociales*, Biblos, 29-50.
- Tapia L. (2009). *Pensando la democracia geopolíticamente*. CLACSO.
- Tapia L. (2011). *Política Salvaje*. Waldhuter Ed. y CLACSO.
- Wallerstein I. (2007). *Universalismo Europeo: El Discurso Del Poder*. Siglo XXI.
- Wallerstein I. (2010). *El capitalismo histórico*. Siglo XXI.
- Wolf. E. (2006) *Europa y la gente sin historia*. Fondo de Cultura Económica.
- Wood E.M. (2016). “Los orígenes agrarios del capitalismo”. *Monthly Review. Selecciones en castellano*, 3ª época, n° 2, 195-220.